

¡Viva el Diablo!

Por SHERLOCK HOLMES

EN AQUEL tiempo, a más de cincuenta años atrás del calendario, yo andaba a tres cuartos y un repique, escapado de mi casa con los primeros pantalones largos, sufriendo más perrerías que la sábana de abajo, indigente de pan, techo y abrigo de modo constante y cotidiano. Fue entonces cuando me hice yunta de los poetas Alberto Rojas Jiménez y Antonio Roco del Campo. Los unidos y ellos en todos los azares como calzoncillo y tambor. Era simple el motivo de este imperio. Los poetas me solucionaron dignamente todos los problemas. Las exigencias digestivas y bebestibles se arreglaban solas, de admirable laya natural, en la captosa noche santiaguina de antano donde nunca faltaron los amigos y hasta las desconocidas que nos invitaban a sus mesas de largos manteles alegres. No teníamos, desde luego, un peso en los bolsillos, ni siquiera para hacer cantar a un ciego. Pero comíamos y bebíamos como ángeles o bandidos, siempre amnueciendo despacio en la obligada tranocheda. Nos sorprendíamos de esta manera a las 7 de la mañana, ya con el sol alto, capremiados por la urgencia de reposar los huesos. Pero tampoco había en ello ningún inconveniente. Sólo nos bastaba dirigirnos a la Catedral del Nuevo Extremo. La Catedral era nuestro hotel complaciente y gratuito.

Allí dormíamos, cada cual en su respectivo confesionario elegido de autemano, sumidos en una suave penumbra resolutiva seráfica, aceptando los beneficios de un sueño sólo alterado esporádicamente. Los riesgos ocurrían cuando las bestas nos despertaban con la voz que susurraba a través de las rejillas: "Acústate, Padre". Pero aun esto

tenía su remedio. Los tres habíamos sido alumnos de colegios congregacionistas. Podíamos, pues, pronunciar sin tropiezos el "Ego te absolvo", sperado de feroces penitencias para que no volviésemos a incendurarnos. Así, con jocunda irreverencia, tal como lo cuenta, despertábamos a las 4 de la tarde, una hora conveniente y apropiada para irnos de nuevo a la calle y a la bohemia.

Pero también fuimos expulsados de este como breve y exclusivo paraíso que nos ofrecía el templo. Nos sucedió para una Semana Santa, de cuyo tránsito religioso estábamos olvidados tal vez por culpa del vino. Ese demonio que habita en las botellas fue también el reo responsable de que llegáramos con excesivo atraso a nuestro hotel. La Catedral estaba desbordante de una compacta muchedumbre de fieles cuando sus tres insólitos clientes licoreados encontraron que todos los confesionarios estaban ocupados, con las contritas pecadoras haciendo cola frente a cada uno para descargar sus culpas y obtener el perdón del Buen Dios. Entonces estalló la furia enloquecida de Alberto Rojas Jiménez. El poeta no se resignaba a que lo despojasen así no más de su reposo habitual. Fue por eso que lanzó un terrible grito sorprendente para expresar su rebeldía:

— ¡Viva el Diablo...!

Una multitud de beatas y de beatos cayó de inmediato sobre nosotros, ellas uñas en ristre, y ellos, a su vez, con los puños bocaharderos. Era como otra versión modernizada de la espada de fuego del arcángel justiciero, exiliándonos del edén.

Nunca más volvimos a la Catedral.

Viva el diablo! [artículo] Sherlock Holmes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Holmes, Sherlock (Personaje ficticio)

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Viva el diablo! [artículo] Sherlock Holmes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa